

Benedicto XVI: la Iglesia en el mundo contemporáneo



Orlando Arroyave Valencia*

* El sacerdote Orlando Arroyave Valencia, doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Gregoriana de Roma, es licenciado en Teología y Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana y docente del área de Humanidades de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la UPB, en los cursos de Filosofía contemporánea, Filosofía moderna, Herméutica, Estética y Pensamiento moderno. También ha tenido experiencia docente en otras universidades como la Universidad San Buenaventura y la Universidad de Antioquia.

Benedicto XVI: la Iglesia en el mundo contemporáneo

Orlando Arroyave Valencia

I. El Pasado

Cuando Platón en el libro VII de *La República* plantea el mito de la caverna y en su texto *El Parménides* está suscitando una serie de problemas tales que la posteridad no dejará de reflexionar sobre ellos ¿Cuáles son esos problemas?

Primero digamos que allí plantea que la realidad está dividida en dos mundos: el mundo del más allá, que es el mundo de las ideas, que es a su vez el mundo suprasensible, ya que está más allá de lo sensible; el mundo del más acá, mundo, éste, que es el de las cosas materiales, es el mundo sensible, ya que es percibido y captado por los sentidos; este mundo es un pálido reflejo de aquel; a cada cosa que hay en el mundo sensible corresponde una idea que se encuentra en el mundo de lo suprasensible; entre todas las ideas existe una idea que es la idea rectora.

Los problemas que se encuentran aquí y que fueron tema de reflexión para los filósofos posteriores a Platón (que se llamaron neoplatónicos entre los cuales podemos mencionar a Plotino, Porfirio, Proclo, Dionisio Areopagita) son muchos y complejos, entre otros mencionemos ¿Cómo una idea puede ser múltiple? ¿Cómo una idea puede dividirse de tal manera que siendo ella misma surgen otras de ella? ¿Cómo puede emanar de cada idea una cosa? ¿Cómo pensar cada cosa y a través de ella acceder al mundo de las ideas? ¿Cómo es la idea en sí misma? ¿Cómo puede el hombre acceder a ese mundo de las ideas?

Estas preguntas fueron tema central de lo que se llamó filosofía neoplatónica; en ella se reflexionaron conceptos clásicos en la filosofía tales como la unidad y la multiplicidad, la identidad y la diferencia, la emanación y la efusión; además surgieron posturas que luego se harían clásicas en

la cultura occidental: la mística, la ascética, la contemplación, la reflexión, la purificación, el éxtasis, etc.

Las maneras como el hombre podía acceder al mundo de las ideas fundamentalmente eran una mezcla de actitudes prácticas y teóricas, en este sentido se insistía en la purificación de los sentidos, las prácticas de la penitencia, las actitudes ascéticas, las renunciaciones voluntarias a aquellas cosas que impedían acceder a ese mundo; además de esto estaba la reflexión, la contemplación y la mística; según este cúmulo de prácticas y de actitudes la persona más apta para acceder al mundo suprasensible era el filósofo, ya que éste encarnaba todas estas características.

Para acceder al mundo del más allá, según esta propuesta, era necesario recorrer un camino que tenía una forma piramidal; el punto final del camino es la idea; para acceder a ella había que atravesar una serie de mediaciones; estas estaban ubicadas en la pirámide en un orden cuya importancia iba del menos al más; las mediaciones ubicadas en la base de la pirámide eran menos importantes que aquellas que estaban ubicadas al final de la misma, en el punto más alto, es decir, más cerca a la idea rectora.

Ahora se ha mencionado mucho sobre el hecho de que el Papa Ratzinger, en su función teológica y filosófica se remite a esta tradición que acabamos de mencionar, por eso muy someramente la hemos esbozado; enseguida, en el segundo punto intentaremos mostrar cómo el Papa, desde su producción intelectual, que se remonta a los años 60, se remite a esta tradición y cómo desde hoy trata de releerla para iluminar la situación de la Iglesia en el momento presente.

II. El Presente

Una cantidad de filósofos formados en este ambiente neoplatónico (acabado de mencionar) al escuchar la predicación de los apóstoles sobre Jesucristo se convirtieron al cristianismo y al hacerlo encontraron una respuesta desde la fe a

lo que racionalmente habían buscado a través de la filosofía; a éstos se les llamó «Padres de la Iglesia» y el período histórico en que ellos vivieron y reelaboraron su pensamiento se conoce con el nombre de «patrística» o «época patrística»; sobre ellos habla el Papa Benedicto en un ensayo escrito en el año 1968 titulado: «*El significado de los padres para la teología actual*»¹.

En este ensayo el Papa dice que «La forma histórica del cristianismo sería indudablemente otra si la respuesta de la fe de los primeros tiempos no se hubiera desarrollado en el ambiente greco-romano, sino en el semita-oriental»; esta cita muestra dos cosas: la primera hace alusión al hecho decisivo de que fueron las propuestas filosóficas griegas releídas por la cultura romana las que determinaron la forma histórica del cristianismo; evidentemente, los Padres de la Iglesia releyeron con un espíritu de fe estas propuestas filosóficas; en otros términos se puede decir que los Padres de la Iglesia movidos por un gran espíritu de fe, en esa doctrina que habían escuchado de labios de los apóstoles, releen las propuestas greco-romanas y desde ahí le dan una configuración muy particular al cristianismo.

¿Cuál es esta configuración? El Papa en el mismo ensayo que acabamos de mencionar dice que: «Lo que caracteriza la época de los Padres de la Iglesia fue el hecho de que es el tiempo en que fueron plasmados los símbolos fundamentales de la fe, en los cuales la Iglesia intentaba resumir el núcleo cristiano [...] aquellos que reconocen al Dios trinitario y a Jesucristo, Verdadero Dios y hombre y que no pueden dejar de tener a los Padres como sus 'Padres' en la fe». Los Padres de la Iglesia, viendo aquellas construcciones teóricas, no podían dejar de leerlas desde la fe y desde este espíritu cristalizan los que se llamaron «Símbolos de la fe»; son éstos los que compendian el núcleo doctrinal y el núcleo bíblico de la fe que profesamos los cristianos.

Luego el Papa confirma esta labor filosófica y la recepción desde la fe por parte de los Padres de la

¹ Ratzinger, Joseph, (1969): *Die Bedeutung der Väter für Gegenwärtige Theologie*. Traducción española: *El significado de los Padres para la teología actual*. En: *Selecciones de teología*. Vol. 8. julio-septiembre, N° 31.

Iglesia cuando afirma que: «Los Padres concibieron la fe como una filosofía, no porque pensaron que se podía llegar a ella racionalmente, sino porque apreciaron la responsabilidad intelectual que la fe lleva consigo. Por ello hicieron ciencia teológica. Este apoyo racional era el presupuesto necesario para la supervivencia del cristianismo en el mundo antiguo y lo sigue siendo para su continuidad hoy y mañana».



La responsabilidad intelectual que la fe lleva consigo y que impulsaba a los Padres de la Iglesia a concebir la fe como una filosofía es el intento por comprender la fe, el intento por comprender lo que acontece en ella y el intento por comprender cómo acontece ella; en este sentido la filosofía greco-romana ofrecía un ambiente propicio para la labor intelectual realizada por los Padres de la Iglesia y por eso ellos entendieron que este era el clima propicio que podía garantizar la supervivencia del cristianismo en ese momento histórico concreto.

En este último párrafo citado, el Papa reconoce que el apoyo racional greco-romano fue lo que propició la supervivencia del cristianismo en el mundo antiguo y lo sigue siendo para su continuidad hoy y mañana; ese núcleo racional es lo que hoy y mañana le sigue dando sentido al cristianismo y el Papa lo ha mostrado con creces en muchos de sus escritos, veamos algunos ejemplos donde se hace presente ese núcleo racional que nos ayuda a comprender la fe cristiana.

El martes 12 de septiembre de 2006 el Papa pronuncia un discurso en la Universidad de Ratisbona titulado *Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones*², en él se hace claro y evidente que lo que está de fondo es el tema de la racionalidad de la fe; cuando el Papa recordaba que el tema de las dos facultades teológicas, de las que la Universidad de Ratisbona se sentía

orgullosa, era «interrogarse sobre la racionalidad de la fe»; además decía que «seguía siendo necesario y razonable interrogarse sobre Dios por medio de la razón y que esto debía hacerse en el contexto de la tradición de la fe cristiana».

Para ilustrar el tema de la racionalidad de la fe, el Papa recurre a un texto publicado por el profesor Theodore

Khoury de la universidad de Münster donde se narra el diálogo entre el emperador bizantino Manuel II y un persa culto sobre el tema del cristianismo y el Islam y sobre la verdad de ambos; dicho diálogo abarca el tema de las estructuras de la fe contenidas tanto en la Biblia como en el Corán y se detiene en la imagen de Dios y del hombre; el Papa enmarca todo esto dentro del contexto de la racionalidad de la fe.

El alma, la razón y la voluntad están vinculadas a Dios, según la doctrina cristiana, releídas desde la filosofía grecorromana y concretamente desde la doctrina propuesta por los filósofos latinos Plotino y Proclo, en un ambiente neoplatónico. Luego actuar según la razón, según los dictámenes del alma y de la voluntad es actuar según Dios; actuar contra éstos es actuar contra la voluntad divina; por esto el Papa, citando al profesor de Münster, dice que: «No actuar según la razón es contrario a la naturaleza de Dios», y más adelante dice que: «La convicción de que actuar contra la razón está en contradicción con la naturaleza de Dios, ¿es solamente un pensamiento griego o vale y por sí mismo?» A lo cual responde el Santo Padre: «Pienso que en este punto se manifiesta la profunda consonancia entre lo griego en su mejor sentido y lo que es la fe en Dios según la Biblia». Con esto el Papa muestra la profunda relación entre una fe que pretende ser comprendida con la razón que busca dar cuenta de la fe.

Sin embargo en este texto el Papa nos muestra algo nuevo respecto a lo ya visto hasta aquí: lo que los Padres de la Iglesia hicieron al expresar los

² Ratzinger, Joseph. *Fe, razón y universidad. Recuerdos y reflexiones*. Versión extraída de Zenith. Com. Luego la paginación es propia.

símbolos de la fe, utilizando el andamio conceptual grecorromano, ya se había hecho anteriormente en el texto bíblico cuando san Juan, modificando el primer versículo del libro del Génesis, comienza el prólogo de su Evangelio con las palabras: «En el principio ya existía el Logos»; luego el Papa clarifica que esta palabra es la síntesis en la que alcanzan su meta el pensamiento griego y el mensaje bíblico, el acercamiento entre la fe bíblica y el filosofar griego, en este sentido dice el Papa que: «Este concepto significa tanto razón como palabra, una razón que es creadora y es capaz de comunicarse, pero precisamente como razón. De este modo, san Juan nos ha brindado la palabra conclusiva sobre el concepto bíblico de Dios»; el Papa intenta mostrar cómo esa palabra expresa el concepto bíblico de Dios, pero también puede significar, desde el ámbito griego, tanto razón como palabra; razón que es creadora y capaz de comunicarse, pero precisamente razón.

Recurriendo al mismo argumento de una fe que busca ser comprendida o de una comprensión de la fe, en el mismo texto, el Papa sostiene que el hecho de que el cristianismo fuera decisivo para la historia de lo que se llama Europa, radica ahí, en ese encuentro entre la fe y la razón, entre el mensaje bíblico y el pensamiento filosófico, en este sentido dice que teniendo en cuenta el encuentro entre la fe bíblica y el planteamiento filosófico del pensamiento griego: «No sorprende que el cristianismo haya encontrado finalmente su impronta decisiva en Europa. [...] este encuentro, al que se une sucesivamente el patrimonio de Roma, creó a Europa y permanece como fundamento de lo que, con razón, se puede llamar Europa». Esta tesis del Papa coincide con la lectura que se ha hecho en el pensamiento contemporáneo cuando algunos pensadores llaman a Europa la tierra del ser, es decir, la tierra que, a diferencia del Oriente, se pregunta por el problema del ser; la tierra que desde la metafísica o desde la ontología se pregunta por el sentido del ser. Pero además hay otra tesis que sostiene que la cultura occidental es la cultura del libro, es

decir, la cultura cuyo texto central es la Biblia, porque de todos modos los conceptos, las categorías, las palabras fundamentales que determinan nuestra forma de ser tienen su fundamento en el texto sagrado.

Ahora el Papa se esfuerza en mostrar cómo a lo largo de la historia se han dado intentos por desligar esta relación entre la fe y la razón, sin embargo, si se da esto entonces la razón se limita a interrogar, a cuestionar y a reflexionar sobre cuestiones que olvidan o que dejan de lado la ética, la moral, la religión, lo humano, el problema de Dios, la cuestión acerca del hombre. Una razón que se olvida por la pregunta acerca de lo trascendente, una razón que no pregunta sobre el problema de Dios, es una razón que tiene el peligro de volverse una sin-razón; creemos que las dramáticas consecuencias que la humanidad ha vivido en los conflictos bélicos son producto de una razón ilustrada que volviéndose sobre sí misma, volviéndose sobre lo otro se olvidó de preguntar sobre lo totalmente otro.

Concluyendo esta segunda parte se puede decir que ese encuentro entre la filosofía griega y la cultura cristiana realizada por los Padres de la Iglesia y concretizada en los símbolos de la fe cristiana es un encuentro que ya previamente se había dado entre las categorías bíblicas y la filosofía griega y se concretiza en el prólogo del Evangelio de san Juan; pero además hay que decir que la razón humana y el alma están íntimamente unidas a la experiencia de Dios, de modo tal que obedecer los dictámenes de razón es obedecer la voluntad de Dios; pero además el Papa muestra que en nuestro mundo hay un gran peligro: desligar la razón de la fe, desligar la razón de Dios y cuando esto sucede hay un gran olvido de los interrogantes que han determinado nuestra existencia, humanamente hablando, y si esto sucede la humanidad está abocada a un proceso cada vez más deshumanizante y cada vez más deshumanizado; porque solo entonces nos olvidaremos de preguntas tan importantes como ¿De dónde venimos? ¿Para dónde vamos?

¿Cuál es el papel de Dios y de la religión en el mundo?

¿Cuál es el papel de la ética?

Con esto puede verse que el pasado y el presente están íntimamente unidos en el papel evangelizador del Papa Benedicto XVI, pero inmediatamente surge la pregunta ¿Hacia dónde apunta su pontificado? ¿Cuáles son los retos que el mundo contemporáneo le está planteando?

III. El Futuro

Hay un hecho muy evidente en nuestro mundo: el aparente olvido de Dios se está convirtiendo en una búsqueda de Dios; este aparente olvido de Dios es la constatación que tanto Benedicto XVI como Juan Pablo II han podido observar en Europa y ahora en América Latina; olvido de Dios que se constata en la no necesidad de Dios como referente en la vida de algunos hombres y en la indiferencia religiosa de parte de algunos sectores sociales; pero por otro lado hay una búsqueda y un ansia de Dios no muchas veces hecha manifiesta ni lo suficientemente aclarada, pero desvelada de manera renovada, un Dios revestido de formas nuevas, un Dios expresado de maneras distintas o si se quiere un Dios -perdónenme la expresión- remasterizado; este hecho se puede rastrear en unas expresiones artísticas que, recurriendo al arte sacro clásico, representan a Dios bajo formas nuevas; mencionaremos tres trabajos: *Enigma*, *Gregorian Maister of Chants*, y el *Aleluya* del DJ. Doctor Kucho, son tres trabajos que remasterizan antiguos cantos gregorianos y adornan figuras como la del monje, la cruz, el cordero, la fuente, el puente, el monasterio y el claustro, el altar, el hábito, etc., y éstas, expresadas de manera novedosa.

En estos trabajos se pueden observar dos cosas: por un lado la experiencia estética, a la que es tan sensible nuestro mundo contemporáneo y la experiencia religiosa, la búsqueda de un nuevo

rostro de Dios presentado de manera novedosa. La experiencia artística tan sensible a nuestro mundo ha hecho que hoy todo tiene valor y todo tiene sentido si es expresado artísticamente o si es expresado estéticamente; ejemplos de esto podemos encontrar permanentemente, piénsese en el cuerpo humano que se ha tornado en lugar para experiencias estéticas: los tatuajes, los piercing, los peinados de los grupos punkeros; piénsese en los gimnasios donde se moldea el cuerpo para que aparezca bello, piénsese en los centros y clínicas donde las personas, por medio de cirugías y tratamientos, buscan la perfección en la belleza.

Ahora, se ha dicho que esta ansia de experiencias estéticas en nuestro mundo son el camino y la vía para salvaguardar un espacio en el ser humano y en la realidad dedicada a lo sagrado, al mito, a lo religioso porque en última instancia todo ello demuestra la búsqueda de un ideal inalcanzable, la búsqueda de un sueño que día a día se presenta como imposible; en parte esto coincide con la búsqueda de ese mundo ideal y suprasensible planteado por Platón, por Plotino, por Porfirio, por Proclo y por Dionisio Areopagita, línea en la que se inscribe el Papa Benedicto XVI; esa es la búsqueda de nuestro mundo cuando quiere alcanzar la belleza suma, la perfección suma; estos elementos mencionados anteriormente son los que muestran que, a pesar del aparente olvido de Dios, hay una búsqueda intensa e incesante de Dios en nuestro mundo.

Si la vía planteada para acceder a Dios en nuestro mundo contemporáneo es la estética, entonces es necesario recurrir a una vía alterna, que siendo estética sea a la vez cristiana; esta vía es la mística y su correlato es la contemplación. Creemos que esta vía empieza a perfilarse en el Papa Benedicto XVI; hay varios indicios que nos dan testimonio de este hecho: por un lado, la primera encíclica del Papa: *Dios es Amor* nos está mostrando una experiencia amorosa operada en la práctica de la



caridad, una experiencia amorosa operada en la auto-gratificación y, por último, una experiencia amorosa operada en la auto-donación, en la auto-negación y en la autoentrega; no es de extrañar que el Papa en el texto antes mencionado en los numerales 6 y 10 haga mención del *Cantar de los cantares*, un lugar bíblico del que siempre han bebido los grandes de la mística cristiana.

El tema de la mística y de la contemplación no es algo nuevo en el Papa, sobre ello él ha hablado desde hace mucho tiempo sobre todo en referencia al éxtasis³; allí dice que: «La teología mística conoce a Dios al dejarse tocar por Él en el 'éxtasis' y lo conoce como el incognoscible. Así, la teología, en su punto más elevado, se hace balbuciente, simbólica. En esta combinación de mística y símbolo se manifiesta la orientación histórica del pensamiento de Dionisio: el que Dios nos salga al encuentro como historia, 'antropomórficamente descansa en que el conocimiento de Dios para el hombre, si quiere ser verdadero conocimiento de Dios, ha de ser 'éxtasis', salir de sí, contacto con el otro, padecer». La relación entre mística y símbolo planteada en la citación anterior hace referencia a la relación entre arte, vida cristiana y fe como posibles vías alternas que combinadas, ayudarán a esclarecer el panorama espiritual de nuestro tiempo.

Por otro lado, el texto *Jesús de Nazareth*, escrito por el Papa, nos habla de un Cristo de la fe, un Cristo que es presentado para ser amado y buscado con el corazón del creyente, en este sentido debemos recordar que una de las intenciones del Papa, al escribir este texto, es devolver al creyente la imagen de un Jesús que se había perdido a causa de las especializaciones exegéticas (Cf. Pp. 7-10). A lo largo y ancho de la lectura del texto mencionado uno va encontrando que ese Cristo presentado, desde una base bíblica y exegética muy fuerte, se convierte en un Cristo experiencia amorosa, experiencia ardiente y experiencia de contemplación.

Otro aspecto que quisiéramos mencionar, para justificar la tesis según la cual el camino que la Iglesia debe recorrer en estos tiempos para mostrar la imagen de Cristo que necesita nuestro mundo y que el Papa está recalcando, camino que debe estar emparentado con la estética y con el cristianismo, y que a la vez debe conducir a una vía mística, es el camino de la liturgia: los ritos, los gestos, los símbolos y los signos sagrados que sirven, en la Iglesia, como un camino o una vía para acceder a la experiencia de Dios.

La liturgia, por un lado, es un hecho tangible que se convierte en camino mediador para acceder a lo intangible, a lo sagrado, a la divinidad; por otro lado es una experiencia estética emparentada con la belleza, con la armonía y que trata de hacer presente al que es suma belleza, al que es armonía plena: Dios.

El Papa Benedicto XVI es un liturgista por excelencia, que sobre la liturgia ha escrito textos completos y que considera la liturgia como un camino y un medio para acceder a Dios; justamente este aprecio por la liturgia es lo que ha hecho que el Papa recobre para la Iglesia actual algunas tradiciones que se habían perdido, la misa en latín y de espaldas al pueblo, por ejemplo.

En todo esto el Papa está presentando para la Iglesia un reto y una tarea: colocarse al servicio de Jesucristo para contemplarlo y para anunciarlo tratando de recobrar un camino que siempre ha estado presente en la historia del cristianismo pero que hoy hay que mostrar de manera renovada: la mística y la contemplación; quizás sea esta urgencia la que por estos últimos años ha hecho que, tanto Juan Pablo II como ahora Benedicto XVI, nos recuerden una y otra vez que: «En tiempos de crisis solo el santo tiene la razón»; la frase resume el deseo permanente de la Iglesia; deseo que hoy por hoy se hace más urgente ya que el santo es la figura emblemática que por un lado habla de un mundo que estando más



3 Cf. Ratzinger, Joseph, (1971): *Heil und Geschichte, Wort und Wahrheit*. Traducción española *Salvación e historia*. En *Selecciones de teología*. Vol. 10, octubre-diciembre, N° 40.

allá empieza a perfilarse en el más acá y por otro lado es la persona que para vehicular su experiencia de la trascendencia necesita recurrir a elementos estéticos como la poesía, la metáfora, en un mundo como el nuestro que tiene una gran estima por los valores estéticos y que camufladamente tiene una gran ansia de trascendencia, una gran ansia de Dios.

Otro de los retos que se le presenta a la Iglesia durante este pontificado del Papa Benedicto XVI es afrontar una sociedad pluralista, una sociedad de minorías; teniendo en cuenta que éstas quieren reivindicar, cada una, sus propios derechos; se sabe que esta sociedad es caracterizada como una sociedad donde se da una explosión de todo tipo de minorías y grupos: movimientos gay, movimientos de lesbianas, movimientos que reclaman la pureza de las razas, movimientos que cierran las fronteras a los inmigrantes y extranjeros. Esto coincide con el hecho de que nuestra sociedad ha sido catalogada como la sociedad que quiere reivindicar los derechos de todo tipo: derechos del anciano, del niño, de la mujer, del enfermo, derechos humanos, etc., este reclamo nos da la idea de las minorías que buscan reivindicación y reconocimiento, además nos da la idea de la profunda actitud explosiva en que vive nuestra sociedad y que es un reto para la Iglesia, ya que es ahí donde hay que anunciar a Jesucristo.

El reto que aquí se plantea es ¿Cómo anunciar a Cristo en este mundo fragmentado, en esta torre de Babel? La Iglesia desde siempre ha contado con un medio muy poderoso: evangelizar desde la identidad para la diferencia, evangelizar desde la unidad para la diversidad; de modo que reconociendo la propia identidad cristiana se reconozca lo valioso de la diversidad no cristiana e incluso anticristiana sin que ello llegue a incidir en su propia identidad y en su propia unidad, antes bien se convierta en un sello distintivo de su propia identidad.

Decimos que la Iglesia tiene en sus manos este medio porque una de sus notas características es

la unidad; esta está contrastada con la catolicidad, es decir la universalidad. Esta nota que caracteriza a la Iglesia es necesario potenciarla hoy de modo renovado, sobre todo porque nuestro mundo, revestido de características tan particulares, necesita ser evangelizado desde la unidad y la identidad para la diversidad y la pluralidad.

Aquí se abre una nueva alternativa para la Iglesia que preside Benedicto XVI desde la sede de Pedro: la necesidad de un nuevo Pentecostés.

Cuando nos referimos a un nuevo Pentecostés no intentamos ubicar a la Iglesia en un movimiento particular nacido en su seno, ni pretendemos hablar de la tercera época en la que Joaquín di Fiore colocaba a la Iglesia en la época del Espíritu Santo; si hablamos de un nuevo Pentecostés para la Iglesia hoy, es porque vemos que, por las características que reviste nuestro mundo, este clama, solicita, pide a gritos una experiencia espiritual de este tipo; trataremos de explicarnos: dice el texto de los Hechos de los Apóstoles (Hch. 2,1-13) que el día de Pentecostés estaban reunidos en Jerusalén judíos llegados de todas las partes del mundo, que hablaban diferentes lenguas y cuando llegó el Espíritu Santo sobre la Virgen y los apóstoles, éstos comenzaron a hablar en las lenguas de los que estaban allí presentes, de modo que los apóstoles lograron hacer entender a las gentes las maravillas que Dios había realizado en ellos.

Si vivimos en una torre de Babel, en un mundo fragmentado y de minorías, entonces cada grupo, cada minoría habla su propia lengua, su propio idioma, por lo tanto es necesario pedir la experiencia de un nuevo Pentecostés para anunciar, en las lenguas de todas estas minorías, la voluntad de Dios para nuestro mundo contemporáneo; esta es una experiencia que solo se alcanza si la Iglesia se coloca en actitud de oración y de súplica permanente, pero también en actitud de reconocimiento de que solo la solución para este mundo fragmentado llega por la intervención de Dios mismo.

Otro de los grandes retos que debe afrontar el Papa Benedicto XVI es la evangelización del mundo virtual, la evangelización de la cultura masmediática e internética ¿Cómo lograr esto? Creemos que la vía ha de ser la de recurrir nuevamente a categorías estéticas, esto porque la cultura virtual, masmediática e internética es la cultura de la imagen virtualizada, ni siquiera realizada; imagen virtualizada es la experiencia de mundos alternos al mundo real, mundos paralelos al mundo real donde todo acontece sin acontecer, ya que el acontecimiento es tan efímero, fugaz y volátil que aparece como algo irreal o que solo es real para aquellos que experimentan la fugacidad del instante.

Consideramos que frente a este reto la Iglesia ya tiene elementos para afrontarlo, sobre todo si recurriendo a su pasado revigora los elementos didácticos planteados en la medievalidad cuando la gente no sabía leer ni escribir y entonces la Iglesia empieza a vehicular el evangelio a través de la imagen en los vitrales de las grandes catedrales, en los monasterios y en general en los lugares sagrados; nuestra época es la época de la imagen que se hace imaginario colectivo y desde ahí se articula una enseñanza, una evangelización. Sin embargo aquí queda planteada la pregunta ¿Cómo anunciar el Evangelio de Jesucristo en un mundo como el nuestro que sabiendo leer y escribir, recurre a la imagen virtual, mediática e internética como centro de su ser y que hacer?

Otro reto que la Iglesia tiene que afrontar en estos últimos días es el de los relativismos, y el Papa Benedicto lo ha recalado en muchas ocasiones; frente a esto hay una doble alternativa: seguir evangelizando desde los absolutos o buscar evangelizar desde los relativismos; seguir evangelizando desde los absolutos es la forma como la Iglesia ha hecho su labor hasta ahora, y esto es posible, sobre todo cuando hoy por hoy empiezan a surgir voces cada vez más inconformes contra los relativismos en que vivimos; en este sentido se puede decir que la Iglesia no está sola, que en su lucha está

acompañada por pensadores serios, por instituciones serias, por países y gobernantes que ven la necesidad de retornar a la defensa de los lugares comunes que siendo absolutos se convierten en puntos de referencia.

Sin embargo, queda abierta la pregunta a la segunda alternativa ¿Es posible una evangelización desde los relativismos?

Finalmente quisiéramos recalcar un último problema que la Iglesia que preside el Papa Benedicto XVI tiene que afrontar en estos últimos días y que está emparentado con el anterior: el problema de la verdad. Este se hace problema cuando entran en crisis los absolutismos y cuando todo se hace relativo, porque si la verdad no es un absoluto sino un relativo, se pierde un punto de referencia fundamental y entonces con él, el obrar humano, el pensar, el vivir, el ser pierden el norte hacia el cual deben orientarse. Pensando en este problema, tanto Benedicto XVI como Juan Pablo II han escrito y han hablado en múltiples ocasiones, piénsese en las encíclicas: *El esplendor de la verdad, fe y razón*, que son intentos por enfatizar lo que la Iglesia ha creído sobre dicho fenómeno y por denunciar las posibles consecuencias en las que puede caer la humanidad si continúa afirmando la verdad como un valor relativo. Cuando los últimos Pontífices insisten en el hecho de que la Iglesia está al servicio a la verdad, están reconociendo que la claridad de nuestra visión de la verdad puede ser nuestra tabla de salvación en el mundo contemporáneo; pero además que nuestra tarea se enmarca dentro de la búsqueda y del reconocimiento de una visión de la verdad que sea acorde con el ser del ser humano, pero además profundamente anclada en nuestra experiencia de la trascendencia.